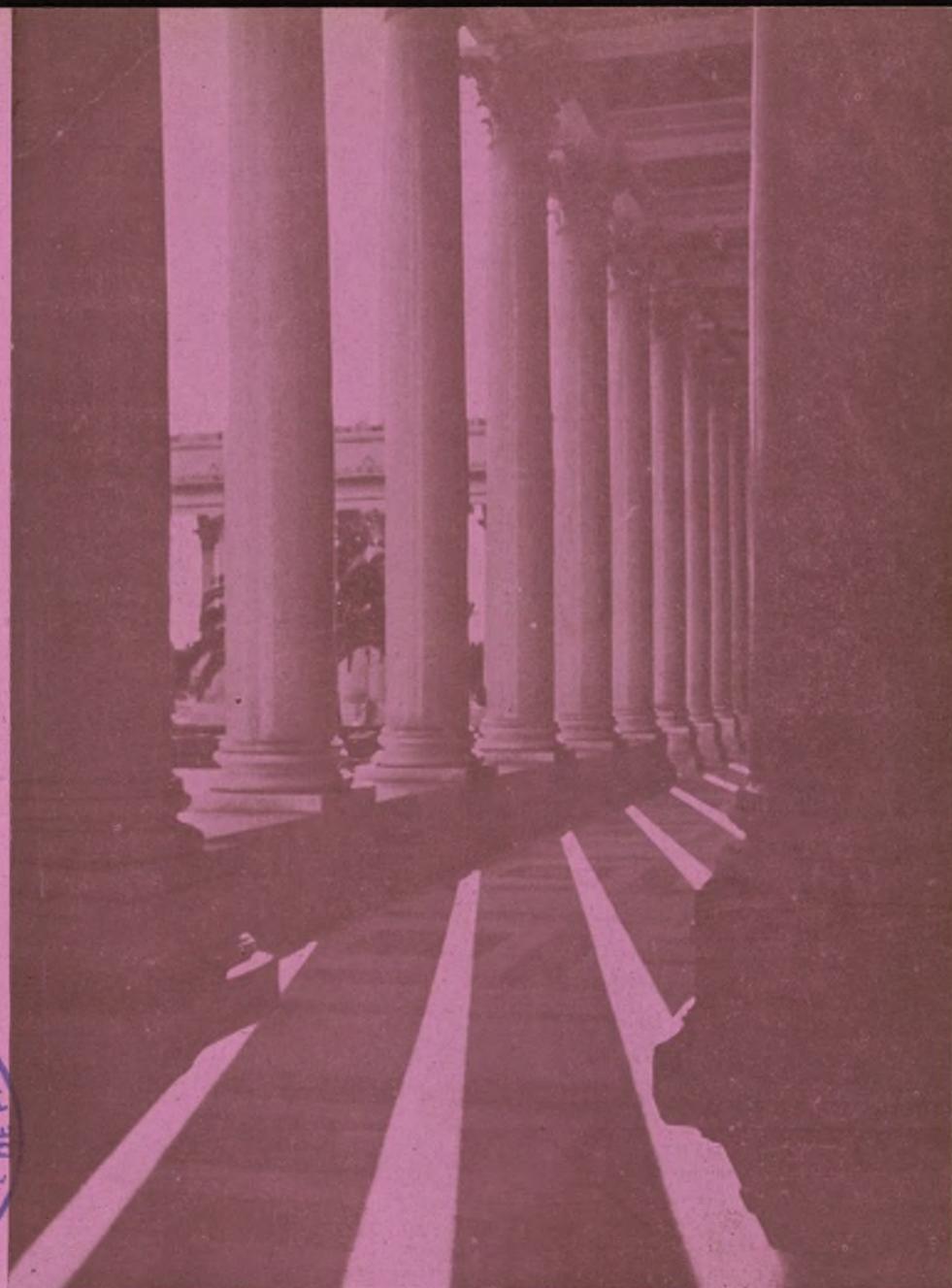


19

751



CäuCes

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

INDICE

Portada: «LUZ DE CLAUSTRO»	<i>Margara Muntaner.</i>
NUESTRA PÁGINA DE HONOR	<i>«La Gaita y la Lira».</i>
Editorial: BAJO EL SIGNO DEL CAUDILLO.	
CONVERSACIÓN CON EL MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL	<i>Manuel Chacón Sánchez.</i>
DE TOLEDO PARA EL MAR	<i>Eugenio de Castro.</i>
CAMOENS	<i>F. de los Ríos y de Guzmán.</i>
GACELA DEL MARINERO PERDIDO	<i>Juan José Fernández.</i>
ESMERALDA (Romance)	<i>Jorge Villarin.</i>
AMOR CAMBIADO (Romance)	<i>Rafael Manzano.</i>
ORQUÍDEAS	<i>F. Gómez de Travededo.</i>
INCONMOVIBLE.	<i>Antonio L. J. R.</i>
SALMO DE LA ANGUSTIA.	<i>Francisco Montero Galvache.</i>
OLÍAS DEL REY O SANTO Y SEÑA DEL ALBA .	<i>Adriano del Valle.</i>
CANCIÓN DE GUERRA	<i>M. Barroso Hernández.</i>
DISECCIÓN APASIONADA DE D'ANNUNZIO . .	<i>Juan Miranda.</i>
ORACIÓN	<i>M. Martínez del Cerro.</i>
«NOCHE PLENA» (Fotografía)	<i>Cecilio Paniagua.</i>
EL PADRE COLOMA Y EL PAISAJE ANDALUZ .	<i>P. Pérez Clotet.</i>
TEATRO NACIONAL (Orientaciones).	<i>Francisco Padín.</i>
Nuestros Colaboradores: MARGARA MUNTANER .	
EL SENTIDO DE LO JUSTO EN LOPE DE VEGA.	<i>Angel Rodríguez Pascual.</i>
EL OTOÑO DEL POETA.	<i>Pedro Montero Galvache.</i>
«CUMBRE SERENISIMA» (Fotografía)	<i>Margara Muntaner.</i>
 <u>BIBLIOGRAFIA:</u>	
«DOPOLAVORO» (Comentario)	<i>Lutgardo López Cayetano.</i>
«JEREZ DE LA FRONTERA (GUÍA OFICIAL DE ARTE), POR MANUEL ESTEVE»	<i>L. de B.</i>
ANTENA LITERARIA	

FOTOGRAFADOS
DE
«FOTO CASTILLA»
VALLADOLID

NUESTRA PAGINA DE HONOR

José ANTONIO

¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra, ningún césped más tierno que el suyo, ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero... ¿no hay en esa succión de la tierra una

venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad: de la comarca al valle nativo, del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja, del remanso a la casa, de la casa al rincón de los recuerdos. Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano: esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser—para que gane la mejor calidad—lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil, lo más depurado de gangas terrenas, lo más agudo y limpio de contornos, lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales no en lo «sensible», sino en lo «intelectual».

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado y aún dos y dos siguen sumando cuatro desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras, tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números. Así, pues, no veamos en la Patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita, veamos un «destino», una «empresa». La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una gran empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria, sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón—si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica—para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los númenes de los Imperios—geometría y arquitectura—para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea.

LA GAITA Y LA LIRA

EDITORIAL

Bajo el signo del Caudillo

España ha recobrado su viejo pulso imperial. La gracia de la vida en los pueblos, es el latido vigoroso de los hombres que viven en sus tierras, entregados a la tarea de hacerla, en cada golpe de azada, más honda y perfecta en sus afanes, problemas y combates, ante la Historia.

Porque si la vida — que no es más que un duro y vivo combatir por la fe — necesita de los mejores y más rebeldes entusiasmos de las almas, para dar cumplimiento a los altos destinos, España necesitaba un vigor recio y exacto en todos los músculos, para templar, frente a los nuevos modos del mundo, la justa manera de su forma social, religiosa y política, apretando a los hombres en haces de cánticos y de eternas finalidades divinas.

Y por ésto, al enfrentarse con los enemigos de la Cruz en el campo abierto de nuestra Guerra, España, Madre otra vez de los pueblos occidentales, en la coyuntura histórica de devolverles la vida, ha recobrado, a fuerza de sangre y de himnos, su latido imperial, su pulso ecuménico, para las más altas empresas misioneras.

Ha habido — hay — dos sustancias españolas, alma y tesón, fortaleza y nervio de la Raza, en su momento de ahora, eterno y vibrante; juventud y Franco, que es tanto como decir; juventud eternizada en un nombre — el Caudillo — que se escapa a las palabras y al concepto, faltos de precisión para el milagro de abarcar la figura del hombre puesto por Dios, como una columna de luz, en el centro del camino de España.

La juventud se ofreció, en los claros albores de la Cruzada santa, al júbilo de la Muerte y al silencio de la Gloria: con sus estrellas doradas de Alféreces, hechas así, a flor de fuego, en medio de la lucha, con libros de metralla y de pólvora, al filo de las trincheras y los tanques.

Y ha volcado en la tierra, yerma y árida, su lluvia de sangre, su beso apasionado, con los nervios erectos, hacia el Sol, en busca de las rosas ofrecidas.

Y a través de los caminos difíciles, monte arriba, llanura abajo, asiendo a las cimas con las manos desgarradas de deseo, para mirar, con

los ojos abiertos al aire, todo el sol de la amanecida triunfal, esta juventud, savia de los troncos de España, ha ido entregándose cada día a la obra de crear un Estado donde no existe el reposo, porque el «Paraíso está contra el descanso», y la tarea es honda, dura, alegre, en seguimiento de Dios y del Ausente, cuyo ejemplo es ascua encendida en el frío y rumor en las peñas y viento en el llano y trino en las ramas.

Esa juventud — brazos tronchados de la España dolorida del 35, ébrios de alzar por todas las calles sus banderas — se ha entregado bajo el signo y ejemplo de Francisco Franco, al duro combate de la Cruz, para ganar en la pelea su estado de gracia, su perfección de ánimo, su equilibrio de canciones.

Y esta primera sustancia de la vida nacional, tiene todo el vigor de la otra sustancia, eterna y absoluta, del Caudillo: su Genio, que es Símbolo y Norma, Ejemplo y Estilo, en la Historia sagrada de la tierra.

Nos faltaba el hombre que diese forma y vida a la unidad de Destino de nuestra Patria. Nacieron las profecías en los ojos de José Antonio. Estalló el odio en las anchas espaldas de Calvo-Sotelo, aquella madrugada tibia y recién nacida del Julio inolvidable. Saltó, de pronto, el viento del Marruecos místico y blanco, llenándonos la costa de consignas y de trofeos.

Y surgió — íntegra, marcial, perfecta, bendita del Señor — la palabra del Caudillo, en aquella exaltación suya a la Jefatura del Estado, para jurar que amaría a España, desde cerca, toda la vida, con su sangre y con su alma, y que la alzaría, frente al aire del mundo, con el empuje de su espada triunfante.

Franco es el centro de la Guerra. La voz y el equilibrio de nuestros sentidos, al servicio total del Estado. Dios ha trazado, a su paso, un rayo de luz. La juventud — que se encuentra en él — lo aclama en los campos y en la lucha. Y en todas las aldeas, flamean al aire, las banderas toscas y ardientes de la mejor alegría.

Por su nombre, cara a la Historia, la juventud ha ido clavando, en cada monte, su muerte y su victoria, en siembra de Futuro, en Evangelio de vida.

Porque a fuerza de sangre y de himnos, con el resplandor de la Resurrección de Jesús de Galilea, España — plena, ganada para Dios, abierta a los siglos — ha vibrado en la Noche como una lumbre de alborada y de victoria.

Conversación con el Ministro de Educación Nacional

por

Manuel Chacón

Rosas de Noviembre, Primavera en Otoño, Abril y Mayo de Sevilla es el Otoño en Vitoria. Vitoria, la ciudad recatada, silenciosa, abrumada por el esplendor de sus hermanas mayores; San Sebastián, la de la sonrisa enigmática de la guerra, la «Gioconda» del Cantábrico; Bilbao, el de los tonos grises, siempre flotador.

Pero, Vitoria, va paso a paso, año tras año filosofando pragmáticamente, cómo ha de gastar la moneda extraída de su repleta lucha, para alcanzar la mayoría de edad de sus hermanas, y se embellece con soberbios edificios de su Caja de Ahorros; se perfuma con frondosos parques y alamedas, cuajados de flores; se extiende, a falta de río que serpentea sus riberas, en avenidas de lujosos chalets. En una de esas avenidas, magnífica, polvorienta aún; de casitas de campo, solares, huertos tapizados de verdura, y frutales en flor, hay una villa vasca, cercada con baja verja, portal en ochava dá acceso a un diminuto jardín, por cuyas veredas estrechas hay que pasar uno tras otro.

En esta villa, lograda para la historia por la ilustre personalidad de su inquilino, cuando la ciudad, después del parte oficial, se entrega al descanso, y queda más silenciosa de lo que está durante el día: arde una luz centinela que muere con el alba, centinela de la España Imperial, irradiando hacia Castilla.

Luz de la alcoba de un hombre que lee sin cesar los españoles inmortales. El hombre que lee o dobla hoja y trabaja más que nadie, bromeando, charlando con sus Jefes de servicio, sus amigos, como si nada hiciera y va marcando la ruta cultural de Isabel.

Es aquel que a los 23 años, profetizó a su ingreso en la Cátedra de Bibliología, de la Universidad Central, con un discurso de revolución, la revolución de ahora. De quien oi, de un Profesor ciego de la Universidad de Barcelona, compañero de estudios del gran Don Marcelino y por consiguiente, curado de espanto de todos los prodigios.

—¿Cómo se llama el chico con quien habla Cejador?—Sáinz Rodríguez, un alumno mío.—
¿Y qué edad tiene?—Dieciseis años.—¿Dieciseis?, ¡y ha leído tanto!

Bajo el pórtico esperé unos instantes la reacción del timbre. Una criada entrada en car-



Excmo. Sr. Don PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ
Ministro de EDUCACIÓN NACIONAL

nes y en años me hace pasar a la habitación de la izquierda. Me dice, «Voy a ver si el señor está en casa». Me pregunta el nombre y cierra tras sí la puerta.

¿Cómo se rehace una Biblioteca donde no hay libros que comprar? No lo sé, pero en este despacho, cuarto de estar, de música, de estudio, de recreo, hay una biblioteca exquisita y voluminosa, que amenaza bloquear la habitación, ocupa ya dos de sus testers, ha desplazado el piano a segundo término, y me dicen y compruebo después, que trepó escaleras arriba y cubre plenamente el amplio pasillo de las habitaciones íntimas.

¡Qué bien se está en esta habitación que huele a trabajar con optimismo! Un tresillo embutido en el mirador, que respira a pleno jardín. Una mesita de tresillo estilizada, sirve de centro. Un gran armario repleto de ficheros, carpetas de piel, carteras clasificadoras, proyectos, estudios, borradores, correspondencia. Y en la mesa, en la gran mesa española, más papeles, más carpetas y libros recién llegados, por abrir y en una esquina, un libro grande sobre un atril, ¿un libro de coro?, lo abro y leo. «La cocina nipona» — «la cocina árabe» — «la cocina francesa».

¿Qué tal, mi joven amigo?—la mano del Ministro se me extiende, abierta, acogedora. Le miro. La sonrisa más abierta aún que su mano, corta de raíz el azoramiento que produce el enfrentarse con un ser superior, y le hablo sin reparo, sin interrupción, largamente, como veréis.

—Estoy todavía bajo la impresión de su entrañable discurso del sábado. Porque eso fué, entrañable. Ovaciones arrancó usted, señor Ministro, tan elocuentes y compensadoras, que ellas bastan para satisfacer la natural aspiración que todo creador tiene, en saber si hubo acertado en su obra, pero, yo le digo, que si su oración hubiese sido rezada ante una Asamblea o Concentración de Catedráticos de Instituto, a las ovaciones les acompañaría para siempre el afecto, el respeto, y la adhesión inquebrantable del personal docente, por el valor de humanidad, de amor intenso, de ansias de superación que puso usted en el concepto hondo y realista y en la forma de conversación íntima, esmaltada de agudezas, de consejos imperativos. Ponía usted a flor de piel, las lacras que padecíamos en nuestro sagrado ministerio de la segunda enseñanza, es verdad, pero simultáneamente, con energía paternal vertía el bálsamo y cicatrizaba las heridas y nos abría un camino plétórico de amaneceres prestigiosos y de preparaciones formativas triunfales. Hágale llegar a cada uno su discurso y tocará el resultado.

—¿Ha venido usted a entrevistarme?

—Tiene usted razón, Don Pedro. Callado para escucharle, este ratito que tiene usted la gentileza de concederme.

Volvemos a mirarnos y a reírnos. E implacable mi charlatanería peca otra vez:

—¡Qué padres! Señor Ministro, lo que dicen. ¡Siete años de latín y cuatro de griego! ¿Pero es que todos nuestros niños, van a estudiar para curas?

El Ministro se ríe de buena gana y se pone serio, y aprovechando mi pausa toma la palabra.



Excmo. Sr. Don JOSÉ PEMARTÍN

Jefe del SERVICIO NACIONAL de ENSEÑANZA SUPERIOR Y MEDIA.
Ilustre pensador, colaborador del Ministro y brazo ejecutor de la Reforma del BACHILLERATO.

—Si, señor, van a estudiar por primera vez en España, seriamente, como en un Seminario, en régimen de colegios, de internados si es preciso, como se forman los sacerdotes, a base de humanidades, de las lenguas clásicas. No es el mecanismo de una lengua lo que se trata de enseñar, sino la gran influencia de una lengua para conocer una civilización y una cultura, y en esa lengua clásica radica precisamente el sistema óseo de nuestra civilización Española. ¿Que por qué razón van a ser útiles estos estudios? Por la misma razón que el escultor y el dibujante comienzan su arte copiando servilmente el modelo. Porque copiando la estatua y la naturaleza, es como se despierta el genio creador. Algo parecido ocurre a la formación mental con el estudio de las lenguas clásicas, mediante ellas adquiere el alumno la capacidad necesaria para acomodar el lenguaje a los moldes de la lógica y de la dialéctica. Yo les digo a esos padres que tienen un criterio utilitario y materialista de la enseñanza, que creen que su deber de padres consiste en que el niño acabe pronto sus estudios, que tenga pronto un título universitario y que pueda pronto obtener una credencial de aquellas que nuestro Trueba llamaba el «comederito nacional»; que esperen a que terminen los siete años de mi plan, que a España no le importa ni le interesa el que sus hijos «aprueben» latín, sino de que lo «sepan»; que todos esos «prontos» que ellos alegan no tienen que ver nada con la formación del niño, ni del joven, ni del especialista profesional, que para hacer la Segunda Enseñanza fundamentalmente formativa, es necesario emplear como base estos estudios: la Religión, las Humanidades, las Matemáticas, la Filosofía en fin. Pocas materias, eso sí, pero estudiadas en los siete años del Bachillerato hasta llegar a dominarlas.

—Para que alcancen una sólida cultura.

El Ministro temiendo que yo vuelva a coger la palabra se apresura a responder:

—En el verdadero y clásico sentido del concepto «cultura». La cultura no es la simple información de hechos en la memoria. La cultura no consiste en llevar en la cabeza lo que pudiéramos llevar en los bolsillos en unas notas. Como sucedía con el Bachillerato enciclopédico. La cultura es aquella aptitud esencial que se adquiere con el estudio para nuestra formación: Lo que sabe uno después de haber olvidado lo que estudió.

—Permitame usted que repita esa sencilla definición para grabarla en la conciencia de los españoles con memoria de machaqueo. «La cultura es lo que sabe uno después de haber olvidado lo que estudió.»

—Nosotros somos un pueblo de excepción en ésta técnica de la Segunda Enseñanza, de lamentable excepción—continúa el Ministro—. Para defensa de mi tesis he expuesto en varias ocasiones la opinión de Menéndez Pelayo,—decía don Marcelino: «No es de esperar que un día cambien de faz nuestros estudios cuando tan errada y miserable dirección se le viene dando... Esta Nación por privilegio singular y deshonoroso entre todas las de Europa, es la única que ha excluido el griego de su enseñanza elemental, es decir, de la cultura general del espíritu». Comprenda usted que después de esta apología no tengo que decir que no soy nada más que un testamentario; el hombre que ha procurado desde el poder, cumplir esta aspiración de toda la cultura española.



Ilmo. Sr. Don ALFONSO GARCÍA-VALDECASAS
Subsecretario del Ministerio
que ha colaborado con el Sr. Ministro y el Sr. Pemartín,
en la revolución que supone la Reforma.

—Causó gran sensación lo que usted dijo sobre la lengua castellana.

—Naturalmente. El público que me escuchaba estaba totalmente integrado por Académicos, Doctores, Licenciados y Bachilleres y yo les preguntaba a todos: ¿Quiénes de ustedes recuerdan que en su vida le hayan enseñado a escribir lengua castellana?

Nunca nos enseñó nadie a escribir. Se nos han dado nociones de ortografía. Se nos ha enseñado superficialmente la gramática, pero jamás se nos ha enseñado la disciplina de redactar y de escribir, y por eso el nivel medio de cultura general española, es escaso, porque esa disciplina mental de someter el pensamiento a los moldes estrechos del lenguaje, es la disciplina formativa mejor que puede tener el hombre. Yo estoy por decir que el pueblo francés resiste tantos y tantos embates porque a pesar de todas las vicisitudes ha sabido salvar el amor a la lengua francesa. La cultura del pueblo francés es como la columna vertebral del patriotismo de la nación vecina.

—¿Las revoluciones no han destruido la conciencia española al apoderarse de la cultura y de los organismos de la enseñanza?

—Anoté usted. En 1771 se rompe la vida orgánica y autónoma de las Universidades del Imperio por el centralismo estatal de la cultura. En 1821 en el plan de estudios de Quintana desapareció el Latín. En 1857 se separa la Universidad del Bachillerato, que todavía se llamaba Bachillerato en armas y una ley de la primera república, promulgada por el Duque de la Torre, es la que expulsó definitivamente a los Bachilleres de la Universidad. Y yo tengo a gala que si la espada del vencedor de Alcolea expulsó a los bachilleres de la Universidad, sea la espada de Franco la que vuelva a dar un sentimiento orgánico y armónico a la enseñanza, «almá mater» de la cultura española.

—La cacareada libertad de cátedra del liberalismo.

—El liberalismo tuvo que proceder en materia de enseñanza como en tantas otras materias políticas que se trataban desde el Estado, a destruir una serie de ideales que había en la sociedad. Por eso se da la paradoja, de que el liberalismo haya sido enemigo de la libertad de enseñanza y que hayan tenido los católicos que levantar esa bandera. La libertad de cátedra, de enseñanza, era para ellos, la libertad de no enseñar. Por eso yo les auguro a los padres de familia, volviendo sobre el tema, que el título que recibirán sus hijos, será para alcanzar lo que antes conseguían, pero no por arte y picardía, ni obtendrán el título por recomendaciones para conseguir prebendas. Sino que el título será una garantía de lo que garantiza, una realidad de los conocimientos de aquellas asignaturas o materias cursadas. En el nuevo Bachillerato, cuando en el examen de Estado, vayan a examinarse de francés, traducirán un artículo de «Le Temps». Hoy hay matrículas de honor en francés. Y lo mismo ocurre con el latín y las demás disciplinas.

—¿Cómo serán las Universidades en lo futuro?

—No serán las Universidades fábricas de títulos en lo futuro. La reforma universitaria que yo preparo tendrá también en la Universidad la misma trascendencia que en la Segunda Enseñanza. Los títulos profesionales los dará el Estado con garantía técnica y social. Siendo el Estado el que capacite para el ejercicio profesional. No se dará la paradoja de que se ordene a las Universidades que suspendan porque hay muchos médicos o muchos abogados. La Universidad tiene que enseñar la medicina y la abogacía sin preocuparse del número. El problema del número de médicos que pueden ejercer su carrera en una ciudad determinada, lo marcará la Asociación de Médicos, constituida en Gremio, quien asesorará al Estado en el sentido de que estos médicos formados por las Universidades después de haber ejercido su profesión dirigida por un especialista eminente está en condiciones de ejercer libremente su carrera y el Estado, por el procedimiento que acuerde dará el título profesional.

—Por último, don Pedro, no quiero abusar más de su amabilidad, ¿el nuevo Bachillerato permite en sus tres o cinco primeros años, otra salida al estudiante que no sea exclusivamente la Facultad?



"CUMBRE SERENÍSIMA"

cadencia espiritual y cultural de España y hay que evitar que nuestra Patria llegue a ver desaparecida su personalidad.

Es necesario dar una formación religiosa y patriótica a nuestra juventud. En España hay muchos católicos que eran católicos porque sí, pero que no sabían por qué lo eran; del mismo modo hay muchos patriotas que son patriotas por instinto pero que tampoco saben las razones fundamentales del patriotismo. A cubrir esta laguna se encamina nues-

—Evidentemente. Mi criterio es, que los estudios de cultura general básicos para todas las actividades posibles, se cursen donde se den y en donde se van a dar es en los Institutos. Así es que el Practicante, la Matrona y el Perito Mercantil, como los demás Peritajes Profesionales necesitarán de los tres primeros cursos y los Maestros, Aparejadores y demás Profesiones jerárquicas de los cinco primeros y las Facultades y los Ingenieros, éstos por petición propia, el Bachillerato completo.

—Muy agradecido, señor Ministro. Todo cuanto se haga por divulgar la Reforma será hacer un bien a nuestra cultura. /

—Ya conoce mi pensamiento. Yo estoy seguro, que la Reforma se abre paso por sí misma. Este plan no es ninguna arbitrariedad que yo me he sacado de mi cabeza. En España había una tendencia y una corriente hacia esta reforma de cuantos estudian seriamente las cuestiones de enseñanza. Desde Silió, pasando por Callejo a Tormo todos los proyectos han seguido la misma orientación. La reforma estaba más que madura en el ánimo de todos. Contra lo que dicen de que el Estado ha abandonado la función docente, debo manifestar que por primera vez en la Historia de España el Estado va a intervenir en la enseñanza. Porque no es intervenir un Estado el hecho de que funcionarios del Estado practiquen la enseñanza, sino la garantía de que esos funcionarios respondan a la verdadera finalidad del pensamiento del Estado. La inspección se extenderá a la privada, hasta penetrar en la clase, que es la verdadera intervención del Estado en las funciones docentes.

Distintos factores han influido en la de-

tra Reforma. Nuestros Bachilleres conocerán los principios básicos y científicos de nuestra Religión y de nuestra Hispanidad.

Esta ley del Estatuto de segunda enseñanza, como todas las leyes será fecunda, si se realiza con una leal colaboración. Yo sé que el Estado no faltará a la palabra dada de organizar a la perfección sus Centros oficiales de enseñanza. Yo sé que cuento con la leal colaboración de este noble cuerpo de Catedráticos de Institutos que tan buenos servicios han prestado a la Patria, sobre todo en estos dos últimos años en que su austeridad y silencio ha sido sometido a una prueba de trabajo verdaderamente forzado. Yo sé que puedo contar con la colaboración de los prestigiosos Colegios privados, si a ello me ayudan los padres y los alumnos; el sentido patriótico y religioso de la reforma hará que sea el sentido capaz de que esta guerra logre encontrar el camino del porvenir y de prosperidad española.

Y la mano abierta del Ministro con su peculiar simpática sonrisa, estrecha la mía acompañándome hasta el pórtico en cordial despedida.

Por mi camino de vuelta, por la avenida de chalets, de solares, de huertos en producción constante, resuena en mi ánimo las ideas de este gran hombre de la gloriosa Falange Tradicionalista. En ningún otro, puede darse la obra de fusión del Generalísimo, de manera más acabada y perfecta, hablan por él los inmortales.

Nebrija le decía a Isabel.—Esta Gramática que os entrego, señora, será el arma de nuestro Imperio. Nosotros tenemos que descubrir un mundo nuevo y nosotros, como Roma, tendremos naciones que nacerán bajo el yugo de nuestro Imperio y como Roma, tenemos que dar a esos pueblos con nuestra religión y nuestra cultura, nuestra lengua.

Cruz y flechas. Tradición y yugos.

M a n u e l C H A C Ó N

Vitoria. III Año Triunfal.

CONDUCTA

«La inquietud no es un accidente que a unos les ocurre y a otros no. Está en la esencia misma de nuestro sér. Y por lo que hace a la patria, en cuanto la patria es espíritu y no tierra, es el sér mismo. Nuestra inquietud respecto a la patria es, en verdad, su quinta esencia. Somos nosotros y no ella, los que hemos de vivir en centinela; nos hemos de anticipar a los peligros que la acechan, sentir por ella la angustia cósmica con que todos los seres vivos se defienden de la muerte, velar por su honra y buena fama, y reparar, si fuera necesario, los descuidos de otras generaciones.»

RAMIRO DE MAEZTU

De Toledo para el mar

Río de acero y vidrio.

Sentadas en los montes marginales,
las casas miran el espectáculo del agua.

Como lindas muchachas, jugando
con un viejecito de cabellos blancos y ojos verdes,
a flor de agua, las gaviotas vuelan:

— ¡Tajo! ¡abuelito de las gaviotas!

Dorado como un cáliz,
el sol se baña en la corriente:

— ¡Tajo! ¡sala de termas del Sol!

En un navío parten emigrantes

— ¡Tajo! ¡camino de la ambición!

Los emigrantes se fueron,
las madres sollozan en el muelle:

¡Tajo! ¡desesperación de las madres!

Vuelven los emigrantes del Brasil...

Fueron puros, traen las almas oxidadas. .

Se avergüenzan de abrazar a las madres humildes.

— ¡Tajo! ¡Desesperación de las madres!

En un sombrío barco de guerra

los delincuentes van al destierro:

— ¡Tajo! ¡claro sueño de los calabozos!

Parten los desterrados
y sus novias lloran sangre,
a la orilla del río:
— ¡Tajo! ¡angustia de las novias abandonadas!

Los faroles
rojos, verdes y dorados,
los faroles de los buques
destilan pedrerías:
— ¡Tajo! ¡escaparate de los joyeros!

Doscientos remos tiene la goleta real,
la goleta de oro
donde van las hijas del Rey:
— ¡Tajo! ¡Recreo de princesas!

La Abadesa del Convento de los Astros, la Luna,
la Abadesa y sus novicias,
se miran en las finas y plateadas aguas:
— ¡Tajo! ¡espejo de la Luna y las Estrellas!

Noche verde...
Un anciano se tira al río para suicidarse...
— ¡Tajo! ¡Descanso de los afligidos!

Y el río blando,
el río de esperma y vidrio ardiente,
entra en el mar, como una novia entrando
en el lecho nupcial, médrosamente...

EUGENIO DE CASTRO

(Poema traducido del portugués por Adriano del Valle.)

CAMOENS

I

Faro de opacidad el ojo diestro
– diestro en mirar hacia interiores mares –,
cíclope fué de rutas estelares,
de las Parcas al tránsito siniestro.

En las náuticas líricas maestro,
navegó por los piélagos lunares,
singló miel de celestes colmenares
con la quilla de oro de su estro.

Dejó estela en las aguas de los siglos
que acatan de Neptuno los vestiglos
y nunca borrarán vientos contrarios.

Las naos de «Os Lusíadas», luso eterno,
lo elevan cual a Dante por su Infierno,
visionario inmortal de visionarios.

II

De Fulco Portinari en los vergeles
surge Beatriz, la flor que en flor se cimbra,
y en los áureos jardines de Coimbra
Inés de Castro, a Luis Camoens de mieles

de luna, se aparece. Azul aurora
de zafiro despunta en los confines
del Arte y de la Fama, paladines
de sol perpétuo en permanente hora.

Por tí, Camoens, Inés muerta no muere,
cual por Dante Beatriz, y, flor de luna,
se deshoja del sueño en la laguna.

Prestigio de visión celeste adquiere
y por zafiros colectando estrellas
va extendiendo horizontes con sus huellas.

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Gacela del marinero perdido

La tarde morada se llevó al marinero.

—Anda, mar: devuélvemelo.

Ya no irá más a la pasada de agua
por ramas de olivos ni a tocar la flauta.

Ya no cazará en tus terribles llanuras
lobos de corales ni pájaros de espumas.

Y su fisga no hará presa en los cuerpos
de tus peces y planetas en bostezo.

El viento escribirá su música
en la conciencia pautada, única,
de la novia del mar, que la brisa
en silencio su voz en la costa acaricia.

—Mar: ¿dónde está el marinero
de los ojos de ámbar y perfil de acero?

La tarde morada lo arrancó del muelle
en horas de afanes y marea creciente.

Se ha perdido, mar, su agudo perfil
que echarán de menos las rosas de abril.

—Mar: trae al marinero a la orilla
y que su traje de lana azul vista.

Que las sirenas pulsen la lira
y que el viento respete su vida.

—Busca, mar, al marinero...
Por él te daría la barca del tiempo.

Una tarde morada lo hizo amante
de la orilla de los mares del Norte.

—Anda, mar, devuélvemelo.

No le deje perdido en su noche sin pulso.

Que no le alumbren el rostro las lunas de yelo.

—Anda, mar, devuélvemelo.

Juan José FERNÁNDEZ

ESMERALDA

Era la niña Esmeralda
niña de rizos de oro.

Esmeralda era la niña
que ya no juega en el corro.

«¡Que la fuente se ha partido!»...

En las tardes del otoño
con el cantar en los labios
y la sonrisa en los ojos,
los niños juegan en una
plaza de silencio de oro.

«¡Que la fuente se ha partido!
¡Que la ilusión se me ha roto!»

Pero la niña Esmeralda,
la de los rizos de oro,
dicen a voces los hados
que no vuelve más al corro...

«¡Que la fuente se ha partido!»...

—cantan los niños a coro.

Pero allá entre los cipreses,
allá lejos y allá solo,
un niño con ojos verdes,
un niño con verdes ojos,
que ante la niña Esmeralda
miró sus rizos de oro,
canta con pena en los labios
este cantar silencioso:

(«¡Que la fuente se ha partido,
ay,
y la ilusión se me ha roto!»)

Jorge VILLARÍN

Toledo.

AMOR CAMBIADO

(Ay, que mi amor ha cambiado,
y no he cambiado la prenda.)

Sevilla, loca de rumbos
bota hijos a la guerra,
Guadalquivir, niño río,
La Torre del Oro lleva.
(La Torre del Oro, dónde
los sevillanos tolean.)

Ay, que mi amor ha cambiado
y no he cambiado la prenda.

Ayer, mi niña tenía
las manos de cigarrera,
manos hábiles con sangre
de Tabaco y de canela.

Niña ¿trajeron de Habana
tu cara de rosa fresca?

Pero mi amor ha cambiado
sin alternar su fijeza.

Sevilla, tierra de flores
de guitarras y de fiestas.
Mi amor de amor ya no es
amor de una cigarrera,
vendió su mantón y viste
mono azul de pirotécnica.

Giralda, madre gitana,
¡monta guardia por mi penal!
Los vientos estremecidos
van pregonando mi queja.

(Ay, que mi amor ha cambiado
y no he cambiado de prenda.)

Rafael MANZANO

ORQUÍDEAS

«El pecado no es tener una vida interior,
el pecado es cultivarla.»

POR

Francisco Gómez de Travedo

Tenía el alma enferma, complicada y sensible como esas flores blancas y misteriosas del trópico.

Irrumpiendo en el halo de un silencio cósmico, parecía engendrada en cristal y claro de luna.

El vidrio la había hecho frágilmente indecisa, y la luna infiltrándosele en el cerebro, calando su alma por el arco limpio de las pupilas, le había dado más que el nervio y la intuición del verso; la facultad de cuadrangular la vida en la métrica exacta de una estrofa.

No tenía el arte en serie de los profesionales a sueldo—periodista de a tres pesetas líneas—sino el perfil raro y auténtico de andar por el mundo labrando sobre su propia angustia, poemas sin proponérselo siquiera. Filigramas de dolor y exámetros.

Escribía para no morir de pena o de asco en el aburrimiento de sus horas vacías. Y era por todas estas cosas absurdo y desconcertante aquel hombre prodigioso que unía en sus charlas la profundidad de un filósofo a la vaga incoherencia de un chiquillo.

A cambio de negarle el sentido práctico de la vida y de las cosas, Dios le había regalado la cuarta dimensión de la sabiduría. Una compensación maravillosa. Entendía el cauce del arroyo y el diálogo del mar con la arena. Le hablaban la piedra perdida, el olivo verde y la puesta del sol. Un mundo que para los demás no sonaba; una vibración que huía de todos los tímpanos, se deshacía en sus oídos en espléndida catarata de cristalina armonía.

Con los nidos de luz y sombra de las manos creadoras del Génesis; arcángeles de perfiles de nardo, habían escrito en su frente de alabastro, esa cosa tremenda y maravillosa que se llama un Destino.

Había nacido para imponerse al mundo; para proyectar su «yo» sobre una animalidad de rebaño, para plantar su bandera entre el vacío de la grey, y el mundo no se lo perdonaba. Le ponía zarzas y obstáculos en el camino; le escupía el ridículo y el ultraje en la frente y le llenaba la boca y los ojos del sabor amargo de la hiel. A pesar de todo, fiel a su sino y a su signo, él seguía avanzando, desangrándose, cayendo y levantándose como Cristo en su calle de la Amargura, pero adelante porque tenía un camino. Sabía donde quería ir y los demás no le importaban. Sin haber leído a Oscar Wilde, sentía esa antipatía biológica, esa repulsión inconsciente que a todo espíritu selecto ha inspirado siempre la masa.

Era totalitario sin Derecho político, totalitario sin disciplina y sin ficha en aquel caos inmenso de su castillo interior donde aún nadie había conseguido imponer orden. Distinto a todos y aún a sí mismo. Distinto a cada hora y ante cada reacción; complicado y heterogéneo.

Esta era su tragedia.

Mientras conservó la recta de su itinerario fué derecho sin vacilar el rumbo. No le importaban los demás; los demás no valían una tarde de sol ni un puñado de arena. Los demás eran como esos chicos normales, equilibrados, perfectamente

aburridos e iguales a un arriero en la resolución primaria de sus secreciones internas.

Los demás eran esa juventud de billares que parte en dos un domingo, entre el partido de fútbol y la excursión maliciosa por los arrabales prohibidos.

Los demás eran una calamidad; una calamidad con profilaxis.

Frente a ellos él, loco, desconcertante, absurdo; un trazo, una silueta, un mensaje para gritarlo al mundo y sobre todas las cosas, la frente de alabastro taladrada por la mano de los designios de Dios. El puente donde pactaban dos religiones a la sombra de un monoteísmo de palmeras: la teología de Jesús y la revelación de la Kaaba. Occidente y Oriente sobre la frente de un hombre. Un signo y una predestinación. Lo que decimos al principio, esa cosa tremenda y maravillosa que se llama un Destino.

A cumplirlo fatalmente en todas sus consecuencias, a ser fiel a ese designio misterioso y terrible había venido él sobre la tierra.

Sin ritos, sin fórmula, sin liturgia; en la teología excelsa de los elegidos, Dios le había impuesto sobre la frente y sobre los labios una magnífica condecoración de dolor y silencio. Una impalpable cruz sobre los hombros.

—«Te daré un pensamiento ágil y una expresión torpe. Pondré en tus ojos, pobreza de horizontes pequeñitos y en tu alma la angustia infinita de una inmensa hoguera interior».

Y los hombres pasarán a tu lado, como mi pueblo rebelde ante la Palabra de luz, en la oscuridad que ha pintado Isaías: «Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis, y por más que miréis con vuestros ojos no veréis».

Porque yo pondré arena en sus ojos y en sus oídos, y el viento de la indiferencia, borraré como un soplo hasta los recuerdos en su corazón.

Si me sirves lealmente hasta el fin; si continúas fiel por la senda que yo te he trazado, serás santo sin nimbo de gloria; al otro lado de la liturgia. Santo sin altar y sin peregrinaciones, porque yo te habré ungido ante la Casa de mi Padre, abierta para vosotros desde el principio del mundo como te ha dicho Juan en el Apocalipsis».

El viento de aquella tarde húmeda en la frente ancha y estremecida de Africa, le saturaba los pulmones inundándoselos de una sensación nueva de misterio y de gloria confusa.

Había ido allí a enfrentarse con un mundo que no era el suyo. Había ido, mitad por literatura y mitad por romper el collar de hierro de su destino que le pesaba como una cadena.

Al salir de aquel pueblecito blanco, tendido a la orilla de una bahía fabulosa, se había operado en su alma al margen de la ética, una extraña y complicada trasmutación de valores.

Porque iba a un peligro—teóricamente a la muerte,—porque alteraba voluntariamente el cauce tranquilo de la quietud de sus días; el mundo le aplaudía y le felicitaba. Aquello suponía valor, valor en la jerga de las tabernas y en ese otro vocabulario igualmente estúpido de los casinos, donde el mostrador es más lujoso y los líquidos un poco más caros.

Sin embargo en su mundo interno, en su círculo de dentro a fuera, para el minuto solemne de los caminos trazados aquello era un fracaso y una deserción. Huía de lo amargo a lo fácil. El dolor de lo que esperaba no era tan fuerte como lo que dejaba atrás. Las balas matan una vez y la vida interior no tenía tregua. Se lucha mejor con lo que está fuera que con la angustia que anda dentro de nosotros mismos. Por eso, porque escapaba a un gólgota de pequeñas humillaciones; porque intentaba huir del tedio, de las cuartillas, de la indecisión, de todas estas cosas que eran su calvario y su gloria, aquel hombre por encima de todas las categorías humanas de valoración, era un cobarde. Cobarde porque buscaba morfina en círculos de metralla, deseos de pactar con los demás y afán de ser como los otros; cobarde porque sabiendo que valía más, intentaba cambiar la torre magnífica de su vida interior por el golpe de carambola en la tasca. Cobarde porque se agarraba con fuerzas al paño verde de la mesa de billar para sujetar el alma que se le iba por los montes y por las llanuras, por los espacios y por el mar.

Y sobre todas las cosas, porque huía del camino que los dedos creadores del Génesis, le habían trazado por senderos de luces y sombra, la mañana arcanológica de asombro cuando lo crucificó un grito.

—«Siervo Francisco, es por ahí.

Por el camino áspero de abrojos y espinas, de amarguras y letras. Por ahí».

Y le pareció que el mar se tornaba todo color oro de albérchigo y que los montes temblaban.

Desertó: Un día entre los días, pidió los pasaportes y se fué de esta senda.

Se fué, por un impulso romántico y por otro impulso de vanidad.

No veía porque estaba cegado, si pudiese entender se hubiera muerto de dolor o de asco. Jamás, jamás como entonces había estado más cerca del billar, del fútbol, del sentido común y hasta de la profilaxis.

Luchó los primeros días empeñado en engañarse a sí mismo.

Luchó con muchas cosas que eran síntesis y resumen de una sola: él, su estilo, su carácter, su manera de ser.

¿Qué hacía en aquel mundo cerrado? Pared y espada, cerrojo y baqueta. ¿Qué hacía?

Tenía la literatura del gesto en el corazón y la verdad del gesto en la maleta.

¿Cómo se compaginaban?

Volvió a encontrarse el fútbol y las conversaciones vacías, el billar y la profilaxis.

A las puertas de la entrada había quedado el verso y la pólvora, el laurel y las rosas en las más altas banderas del Imperio.

Todo aquel fárrago de literatura brillante era una falsedad que rodaba por los suelos: nada.

Por todas estas cosas, fracasó; por el clima y por la táctica, porque Africa lo recibió lloviendo y porque no había sabido lograr esa precisión limpia y exacta de movimientos que se exige en la vida y en las Ordenanzas.

Por esto y por otras cosas más profundas, aquel sol que no lució en Africa, tampoco lucía ya en su corazón.

Había prometido hacer crónicas estupendas sobre el medio y ambiente que estaba viviendo.

Un día intentó escribir y la pluma se le quebró en las cuartillas en una serie de tópicos absurdos, que tenían la hipocresía repugnante de las grandes insinceridades. Estrujó el papel rabiosamente y lo pisoteó.

Acababa con aquel gesto de escribir su mejor artículo en la verdad limpia de las cuatro paredes.

Aquella era su mejor crónica de Marruecos; la crónica exacta del gesto, con las calderas del entusiasmo apagadas.

Parecía un pez moviéndose difícilmente sobre un tablero de escurridizas arenas. Estaba fuera de su clima y de su sitio, total y absolutamente descentrado. Otros con menos cualidades que él triunfaban, y es que sus armas—sus magníficas armas—dolor, inquietud, y literatura, en aquella palestra resultaban perfectamente inútiles. Era cuestión de medios, de valores, de especialización. Servir o no servir.

Cara o cruz, en un dilema de angustia que no tenía términos medios. O se es útil o no se vale.

La realidad se impuso con una palabra clara y afilada como un cuchillo: eliminación. No servía. Tenía que marcharse y sus compañeros se quedaban.

Pasaba a sus ojos como un ser incomprensible, como un cretino o como un cínico.

Algunos llegaron hasta la grosería del insulto, él tuvo la elegancia espiritual de no contestar siquiera.

Empezaba a ver claro entre las nieblas densas de su alma. No guardaba rencor a ninguno. Olvidaba y allá en el fondo de su corazón, absolvía.

No se justificaba tampoco con actitudes de superhombre. Aquellos que se quedaban no eran mejores ni peores que él; eran sencillamente distintos. Esto era todo.

Estaban en su sitio, en su mundo, en su elemento, moviéndose como peces en el agua; él era el que había roto el equilibrio, y andaba allí chocando con las aristas del desaliento duro en aquella angustia de su salvación imposible.

—Desde mañana puede usted ya marcharse.

—¿Desde mañana?

—Sí, ya tiene listos los pasaportes.

No sabía que el diálogo en una oficina pudiera impresionarle tan fuerte. Por de pronto necesitaba huir de aquella tortura de las cuatro paredes, mirar mucho, respirar limpio, y por todas estas cosas bajó al Mar.

La playa desierta en la soledad de la noche, le aguardaba patinada de silencio y luna, dulce y tendida como un collar de alabastro, estremecida y palpitante como una magnolia en una magnífica compensación.

Se sentía caído y elevado al mismo tiempo; humillado por los hombres y glorificado ante los designios eternos. Los dedos creadores del Génesis, volvían a

marcarle la ruta de un destino trazado. Volvió a verla clara y desnuda como espada de fuego bajo los cielos de Africa. Y creyó oír una voz más dulce que el canto de gloria de los arcángeles.

—«Siervo Francisco, es por ahí».

Y le pareció que el mar adquiriría todo, un color oro de albérchigo y que los montes temblaban.

Se dobló lentamente sobre la arena y rezó.

«Señor: Mi ruta, mi signo, mi camino. No me lo ocultes nunca que quiero andar por él hasta el fin.

Por el miedo, por el dolor y por la carne, ahora yo no soy digno de ir a Tí.

Tal vez un día, cuando Tú me llames.

«Vendrá la paz un día que el Señor sabe».

(Kempis L. 3, cap. 47.)

Fuerzas de voluntad hasta entonces.

Fuerzas para llevar la cruz y para que los demás no me arrastren, y un día— Señor, tú ya me entiendes—no vaya yo también a un partido de fútbol, después de haber jugado al billar».

La gracia de Dios también en un silencio cósmico de arenas, y las estrellas de Africa, bajaron a besarle la frente.

Había perdido un camino, pero se había encontrado a sí mismo.

Era la última página de un destino que doblaba la hoja. Y el viento magnífico del Desierto que mordía una fecha, ésta: Africa, Junio de 1938, a muchos kilómetros de la lógica de los hombres, y más cerca que nunca del aliento de Dios.

Firmas nuevas en «CAUCES»

INCONMOVIBLE

Ví el huracán correr entre los árboles,
sin poder desgajarles rama alguna.

Yo ví romperse el mar sobre las rocas,
y quedar convertido en sol y espuma.

Y ví romperse el corazón en lágrimas
bajo la flecha amarga de tus burlas...

¡Y estrellarse el amor de mis palabras
contra la fría indiferencia tuya!

ANTONIO L. J. R.

SALMO DE LA ANGSTIA

José Antonio:

Danos la gracia de Tu primavera.

(La bendición del alba ha descendido
con un sabor de sangre hasta tu lengua.
Y el aire se ha parado entre tus ojos
al fin de las jornadas de Tu ausencia)

Ya no vendrás en los otoños fríos,
al rumor de la tarde, con aquella
bandera de tu luz y tu palabra,
para calmar la sed de primavera
que encendió nuestros labios en la noche
de la pasión de España.

Ya la yerba
de tu blanco sepulcro, sin contorno,
tendrá un rumor de pájaros alertas,
y llorarán las aguas bajo el lento
temblor del musgo sobre las albercas.

Porque Tu ausencia
agigantó en la Noche tus consignas
y adelantó tu espada en la Pelea.

Y porque tú pisaste,
con tu pisar angélico,
las doradas veredas
por donde Franco liberó a la Patria,
bajo un cielo estrellado
de brisas y de arenas,
los ángeles dirán contra los vientos
que vuelven de los montes:
«¡África y Franco,
cruz de laurel en Tu mirada abierta!»

• • •

José Antonio:

Danos la gracia de Tu primavera.

Cantaremos Tu muerte porque tiene
más vida que el aliento de la sangre.
Y porque el himno de tus hombres lleva
sabor de yugos en la vieja tarde.

Diremos que la vida hay que quemarla
en una gran empresa misionera,
para que España tenga su destino
labrado, como el tiempo sobre el aire
de los altos castillos.

Cantaremos Tu ausencia prolongada
Oh José Antonio, en tu quietud de Flechas.
Porque ella fué la actividad sin forma
que levantó a las nubes nuestro nombre.

Cantaremos la fuerza de los brazos.
Y hablaremos al viento de una fuerte
disciplina interior, donde el espíritu
por el dolor se acerque hasta Tu ejemplo,
grabado en el silencio de las cárceles.

Y forjaremos nuestra vida nueva
sobre los viejos yunques de la Audacia,
como aquellos soldados
de Felipe II.

• • •

José Antonio:

Danos la gracia de Tu primavera!

¡Ya viene deshaciéndose el milagro
de Tu ausencia, en las fuentes y los troncos!

¡Porque Tu muerte, José Antonio, ha sido,
la Primavera en el dolor de todos!

¡Cerca ya de los Angeles que fueron
para los Yugos, Angeles Custodios!

¡Para Ti nuestra vida,
para Ti nuestra muerte!

¡Cantaremos al alba en Tu sepulcro
sobre el musgo que llora en las albercas!

Sí, José Antonio:

¡Para que Tú renazcas cada día,
como una Sed en nuestra Primavera!

Francisco MONTERO GALVACHE

OLÍAS DEL REY O SANTO Y SEÑA DEL ALBA

A Manuel Díez Crespo

Más allá del albor de los confines,
Asediadas por noches toledanas,
Disparan sus badajos las campanas
Con pólvoras de angélicos maitines

Alerta está el olor de los jazmines,
Vigilan los cuclillos y las ranas,
Las bardas del corral son barbacas
Y el gallo es paladín de paladines.

Nombra el río al molino su intendente,
Hay patrullas de nubes pontoneras,
Y el día estrena, azul, su emblema nuevo:

Las cañas vuelve lanzas la corriente
Que moviliza al chopo en las riberas
Y al sol hace la luna su relevo.

Adriano DEL VALLE

Olías del Rey, 1937.

Ayuntamiento de Madrid

CANCIÓN DE GUERRA

por

M. Barroso Hernández

Madre mía:

¿Para qué llorar? ¿Por qué te pierdes en la esencia de tus lutos? ¡Si «esto» es una suerte...

¿Recuerdas aquellos mis primeros barquitos de papel, en lo alto del río, mientras tú hacías profesión de tristeza con mis manos? ¿Recuerdas aquellas lunitas nuevas de mi vida, asomadas en las profundidades de tu alma? ¿Recuerdas aquellos cuentos de Calleja, en colores, recitados por tí en la más pura esencia del mundo?

¡Yo aquí los tengo! Te tengo a tí y a mis altos veleros madrugadores.

¿Para qué llorar, madre, si barcos son fusiles y fusiles son puertos?

¿Para qué llorar, si he de volver con músicas, si te he de llevar un corazón multiplicado de alegrías? ¡Si antes yo no era yo, sino unos trozos de tiempos que aprendieron a rezar con las estrellas!

¡Arriba tus penas, madre mía!

Hermano de la guerra, silencio. ¡Aquí no pasa lo de siempre! Mira, como Dios nos bendice desde el cielo!

¡Somos felices, hermano de la guerra! ¡Cómo canta el viento en lo más alto de España! Hermano, hemos de hacernos tierra y nieve para cantarla...

En aquellos picachos, — más altos que los nuestros, — cantan ahora mis camaradas de la Falange. ¡Alzate, estilízate, asciende a sufrir con las estrellas!...

Hasta entonces no conocerás tu anatomía.

¡Amor, amor! ¡Qué feliz la metralla con tu presencia! Ahora y en la hora de mi vida, todos los fusiles me pronuncian tu nombre.

La luna juega al escondite con tu recuerdo, entre un sin fin de trincheras, a quemarropa de espíritu.

¡Amor, amor! En la noche alta, sueño en los sueños de tus manos.

¡Qué feliz la metralla con tu presencia!

¡Si «esto» es una suerte, madre mía!

Disección apasionada de d'Annunzio

por

JUAN MIRANDA

brehumanas direcciones. Empinándose sobre la cárcel de la anatomía en plenitud de canto.

1.—Poeta.

Hay hasta d'Annunzio—de la mejor anunciación poética—una poesía menor, de



Ahora, ¡bravísimo!

Gabrielle d'Annunzio surge como una magnífica tempestad.

Sólo la tempestad legitima el aire, ahuyentando los olores densos.

Gabrielle d'Annunzio es ciertamente, un arcángel anunciador.

Pero, ¿no sería mejor, oxeador?

La espada flamígera matando, sublima. Para nuestra muerte deseáramos algo así, aséptico, de soledad rarificada y triunfadora.

Una espada flamígera otorga siempre demasiado honor.

D'Annunzio oxea. D'Annunzio pega. D'Annunzio fustiga.

Fustiga, pega y oxea, paradójicamente. Cantando.

La vida de Gabrielle d'Annunzio solicita todos los caminos.

La vida de Gabrielle d'Annunzio escala todas las humanas direcciones.

Pudiéramos decir también, todas las so-

tatachines. De pompones rizados y coloristas.

Bien mirada es la única poesía que conviene al engendro triste de la Italia, no fascista. Una poesía cogida de la mano, donde la fotinia y el oleandro no logran todavía categoría carnal. Categoría de inquietud. Poesía para el notario Crescentini; poesía para la *signora* Laurentina. (Esta poesía es a la poesía auténtica lo que el saboyano errante al *Cristián* de Buyam).

Se recita antes del chocolate.

Auditorio: (Inevitablemente el notario Crescentini, la *signora* Laurentina). La luz plomiza del burgo municipal destaca al médico Fabricio I, al recaudador de arbitrios Garófalo, al Jefe de telégrafos Rugetti.

EL PADRE COLOMA

Y EL PAISAJE ANDALUZ

(Fragmento de una Conferencia)

por

P. PEREZ CLOFFET

En la Andalucía del P. Luis Coloma hay paisajes de mar, campiña y serrana. En ella están la Serranía de Ronda, las Ermitas de Córdoba, el mar de Cádiz y Sanlúcar, la campiña de Jerez, su Cartuja, el castillo de Doña Blanca, el Santuario de Regla. En ella están la dehesa brava, y el cortijo, y la choza; el *cojumbra*l y el majuelo; el arceñe que corre entre nopales y la trocha que reptaba y el majuelo. Pero Coloma no describe el paisaje con la frutiva morosidad de *Fernán Caballero* en algunos de sus relatos. No porque no lo sintiese ni supiese verlo, sino porque el paisaje para él es medio, no fin. Su punto marco de la acción. Sustentáculo de moralidad. De aquí que deje frustrarse muchas veces ocasiones propicias para una amplia descripción panorámica, conseguido el fin primordial con la leve pincelada. Y que monte continuamente sus descripciones paisajistas sobre comparaciones; frecuentemente sobre comparaciones abstractas, extrarrealistas, que empalidecen — hablamos aquí desde un punto de vista estrictamente estético — el vigor del cuadro. Coloma aprende es cierto, esta técnica de *Fernán Caballero*. Pero en *Fernán* hay también trozos de paisaje puro, desinteresado, que constituyen uno de los mayores atractivos de sus obras. En cambio, descripciones así escasas en Coloma, pintor sobre todo de interiores y bastante parco en paisajes. Descripción por comparación: he aquí, repito, la manera paisajista del P. Coloma. Su predilecto sistema, que a veces llega a reiteraciones cansadas. Otra de las causas que muchas veces frustran el paisaje en Coloma, es el ir este tan embebido en sus criaturas novelescas. Aunque la ocasión pida una amplia descripción, el autor va tan preocupado con las preocupaciones de aquellas, que parece que le falta tiempo y tranquilidad para fijarse despacio en lo que las rodea.

Coloma ve el paisaje en función moral. «Dijo Balzac — escribía Coloma en su juventud, y este principio lo lleva siempre presente — que el paisaje tiene ideas, pero ideas tan variadas como las sensaciones de que nacen». Por eso el paisaje en él, que llega a contemplarlo lleno de preocupaciones morales, brota como una idea moral. Penetra en sus ojos, como transfigurado ya y embebido en una cascada de abstracciones y trascendentales conceptos.

fevor.

«CAUCES» recoge el arte de PANIAGUA, devotamente, con el máximo

nos trae al espíritu la claridad de nuestra noche suprema: el alma.

esa palabra que, en poesía, todo lo define. Es la fotografía infable: que

Esta magnífica fotografía de PANIAGUA—«Noche plena»—es como

Arte de Cecilio Paniagua



Un clamor nuevo en el Duomosienes.
Un grito subiendo a los balcones y a los mármoles rotos: ¡Movilización!
A las estaciones muchos se dirigen en bicicleta. El viento agita los faldellines.
¡Qué difícil llorar cuando se va en bicicleta!
A d'Annunzio se le evoca en cambio sobre la carlinga trepidante.
¡Aquellos artilleros! Los rodeaban siempre señores con sombreros de paja. Una
ligera armazón, lona, un motor visible, explosivo. ¡Un gran entusiasmo!
Añagazas de nubes rascando los cielos italianos.
Rumor metálico, sudor de máquina sobre el Veneto. Irredentismo.
La proclama d'annunziana, rubricada de balas trepadoras.
(Así, más tarde, por los muros bruidos, los rosales de Gardone Riviera.)
Alta y querida Italia!
Sobre el tapiz umbroso la guerra nieva una orgía de blanco. Nubes algodonosas,
de astrales Guido Reni. 50.000 veces repiten las estrellas.
Alta y querida Italia!
Como ahora los «alalás» fascistas empinando el grito de nuestro padre San
Gabriel.

Escrecho de Gibraltar

ORACIÓN

Señor: si Tú me ayudas,
yo sembraré mi huerto
todo entero de nardos,
para coger su aroma
y derramar, sobre tus pies, su unguento.
(Nardos de mis acciones,
nardos de mis esfuerzos,
nardos de mis palabras,
nardos de mis deseos,
nardos, si los quisieras, de mi sangre,
nardos, si los quisieras, de mi cuerpo).
Mi huerto está del todo preparado,
La tarde está tranquila y en silencio.
Señor: ayúdame a sembrar tus nardos,
Señor, ayúdame a cogerlos.

MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO

(Irremediablemente tenemos debilidad por los cantores máximos. Ténngase en cuenta que hay muchas maneras de cantar.
!Esas gargantas vibrantes, martirizadas en roja pasión ante muchos papanatas con bufandas de cuadrillos!
Por eso aquella discción apasionada de Chaliapine.
Por eso, ahora, esta de Gabrielle d'Annunzio, piloto de anémomas sutiles salvadas de la ridiculez).

2.—Dramaturgo.

Parece increíble cuando se mira hacia atrás.
?Esa era Italia? ?Esta es ahora Italia?
Recuérdese cierto dandysmo sin gracia, del brazo de la erisipela. Cuando no de la «mafia».
Recuérdese un panorama de cajas, sombrereras, palmas, brillantina, manos presurosas sobre el nudo de la corbata.
!Llega la prima donna! !Llega la prima donna!
No es poco sumergir en el pasado arias dulzonas, desmayos de abanicos, si *però no es embriagados de violines trepadores...*

D'Annunzio crea. Emplea por crearse él. Supera los decadentismos con el suyo. Sthendal había dicho del amor, también de los italianos:
«En las naturalizas enfáticas el énfasis es natural».
En la concepción dramática del sacrificio, d'annunziana, surge Lucia Settala. Lucia Settala derramando dulzores.
Polvillos áureos en la calma litúrgica. Si «una muerte bella honra toda una vida», para «un bello morir viviendo», los ángeles habrán preparado voces de plata en flautas tañedoras.

3.—Pasional.

No evoquemos, por favor, manos inquietas. Condememos lascivias pequeñas en zarabanda de esquinas.
Ese clima es nefasto. Ocasiona la vida gris y los escritores acaban por vender máquinas Singer sujetos a su influjo.
Resultado difícil calcular cuántas dichas de este tipo han estado presididas por trinchadoras de pino mediterráneo, por cuadrillos de Solferino, por palanganas color cielo donde se adoran dos pastores.
!Oh las Galerias Rinascencesi!
Gabrielle d'Annunzio dedica «La Gioconda»: A Eleonora Duce, «la de las belle maniere»...
Con gesto y rango de héroe antiguo.

4.—Combatiente. Aviador.

Un sombrero de alpino. Truenan los Ansaldo. Vienen de Génova. Son como juguetes nuevos, juguetes peligrosos, pero divinos.
Giolitti, Salandra, Conde Sforza... Movilización.

Esto no obstante, el P. Coloma, cuando se lo propone, sabe ver con fidelidad la Naturaleza, y logra aciertos de color y matiz. Señalemos, por ejemplo, la descripción de la Sierra, en una tarde de noviembre, que nos da en *Ranoque*. Toda la melancolía del otoño en la sierra está lograda con sencillez, pero con intensidad. A la triste luz de la tarde otoñal se recortan, entre los bravos picachos, las figuras de la «Cachana» y el «tío Canijo» con un impresionante relieve vigoroso y dramático. A veces encontramos algo que se dirían reminiscencias románticas; de un romanticismo, claro es, cristiano. Así cuando en *La resignación perfecta* habla de «los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, a todo resisten». Es como un eco de aquel gusto por las ruinas de nuestros románticos decimonónicos, transportado a un plano espiritualista. De otra manera se expresa frente a las ruinas de la Cartuja jerezana — «el hermoso cadáver de la Cartuja», dice él —, porque entonces no se trata sólo de la destrucción inexorable del tiempo, sino, sobre todo, de la del hombre, mucho más cruel que la del tiempo y los elementos.

A veces la sensación de la Naturaleza se logra, mejor que en descripciones directas, en la evocación sugerida al vuelo de la narración. Así en la sentida *fábula ascética* últimamente citada, cuando el «tío Pellejo» — antiguo *mochilero* o «contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda» —, que acompaña al autor camino de Algar, una noche de noviembre, lee con toda exactitud la hora en el alto reloj de las estrellas. Alarcón tiene una escena parecida en *La Alpujarra*. Pero lo que en Alarcón no pasa de cosa sencilla y natural en la gente campesina — que va acordando sus horas a los relojes celestes —, en Coloma se hace honda poesía, honda poesía religiosa y popular, de la silenciosa noche del campo, empapada del eterno, misterioso temblor del estrellado cielo...

«Los combatientes vigilan: arma al brazo, desde el firmamento español, para que su sangre no se corrompa; para que los cuervos acechantes no se la beban; para que se haga con ella licor de vida y comunión total; para que se vierta esta sangre en el cáliz de España y todos—de rodillas—la adoremos. Que eso es ser cristiano e imitar a Cristo: dar la sangre para que alcance resurrección y pas-cua triunfal.»

E. JIMÉNEZ CABALLERO

ORIENTACIONES

TEATRO NACIONAL

por

FRANCISCO PADIN

Se habla de teatro nacional. Pero ¿qué se entiende por teatro nacional? o mejor dicho ¿qué debe entenderse? Porque aquí en España, siempre que ha salido a la palestra esta cuestión, la hemos interpretado, pobre, mezquina y erróneamente, preocupándonos, eso sí, en primer tér-

mino, de dar el título pomposo de «Teatro Nacional», a cualquier coliseo, íbamos a decir, de barriada. ¿Qué otra cosa sucedió con los famosos proyectos del Conde de San Luis, en el año 1849? Quiso crear algo parecido a la «Comedia Francesa» y sin un estudio a fondo de lo que ello significaba; sin un verdadero concepto de la dramática, solo atendió, a lo que pudiéramos llamar, el aspecto externo, rodeándose de un conjunto de ilustres actores, y, desde luego, dando el nombre de teatro Español, al antiguo e histórico «Corral de la Pacheca», entonces teatro del Príncipe, y, paren ustedes de contar. A los ocho días justos, todo había terminado. De aquellos proyectos, no quedaba sino el recuerdo.

Y es, que, como muchos años después, de regímenes liberales y democráticos, no existía el más rudimentario concepto del teatro, ni mucho menos de lo nacional. Hablarle a unos Gobiernos—salvo honrosas excepciones—de lo nacional, cuando ellos con su baja y sucia política de caciquismos, de conveniencias y de arreglos, trataban precisamente de todo lo contrario, de querer demostrar que eso de las nacionalidades no son otra cosa sino invenciones, fantasías y cuentos, era como puede comprenderse una solemne estupidez.

Sin embargo, el Teatro Nacional era muy necesario. Lo exigía el buen nombre, no de España que, al fin y al cabo, para los políticos—insistimos en que con raras excepciones—era lo de menos, sino el prestigio de los Gobiernos. Poseyéndolo Francia, Austria, Hungría, Italia, Alemania e incluso Rusia, ¿iba a figurar España sin él? De ninguna manera. Había que poseerlo, costase lo que costase. Y he aquí lo más curioso. El Estado, en su papel de Mecenas, no ha dispuesto casi nunca, de numerario, para estas cuestiones del arte dramático. Y como decía un gran escritor refiriéndose a esto «su intervención empieza y acaba, en el ademán generoso de entregar el dinero con la mano derecha. Y a hurtadillas de la izquierda». Pero, así y todo, en la cartelera madrileña, hacía su aparición, de vez en cuando, el «Teatro Nacional», pobre y raquíto en extremo. En cierta época, allá por el año 1910, se dictó incluso una Ley, regulándolo, debida a don Faustino Rodríguez de San Pedro, y aprobándose, poco después, el Reglamento para su aplicación inmediata, que hizo el periodista y ex-ministro don Julio Burell.

Por fortuna, es muy distinta la situación actual. El nuevo Estado, libre de partidismos y componendas, se preocupa y se preocupará aún más en lo sucesivo, cuando otras necesidades de las que en estos momentos requieren su atención, hayan cesado, del Teatro, encauzándolo por unos derroteros que lo lleven, como antaño, a épocas de gloria y esplendor. «Tenemos el gran tesoro de nuestro teatro clásico—ha dicho el espíritu cultivado y selecto de Luis Escobar, Jefe Nacional del Teatro—en espera de intérpretes y de realizadores. Las obras de teatro,

tienen muchas veces en sí, posibilidades que han escapado aún a sus propios autores y no hablemos de obras clásicas, que son como cuerpos disecados, perfectos en su forma, pero a los que es necesario hacer vivir de nuevo». Henos por donde, ante la base y fundamento del Teatro Nacional: el género clásico.

Habrá, no lo negamos, quienes al leer estas líneas, pongan un gesto de extrañeza, como preguntándose ¿dónde pues el teatro nuevo? ¿dónde las innovaciones? Porque sí, lectores, habría mucho que hablar sobre esto. Se ha dicho tantas y tantas veces en periódicos, en conferencias y hasta por los mismos autores dramáticos, que el teatro necesitaba rejuvenecerse; que el teatro necesitaba de valores nuevos, de valores de vanguardia; que, justo es confesarlo, se hizo un ambiente favorable a ello, no sólo en la gran masa de público, vario y heterogéneo, sino en las esferas intelectuales, o mejor dicho, en las «intelectualoides» que es otra cosa y por cierto, bien distinta.

¿Es acaso, que las concepciones maravillosas de Lope, Calderón y Tirso, resultan anticuadas en los momentos actuales? ¿Es acaso, que Segismundo, que Pedro Crespo, que Peribáñez, que García del Castañar, que Paulo, que «El Príncipe constante», que Doña María de Molina, pierden en su dramatismo y magnificencia de carácter, a través del tiempo? ¿Es acaso, que todo nuestro teatro del Siglo de Oro, no es eterno e inmortal? Calderón como Cervantes, como Lope, como Tirso, como Rojas, como Dante, como Shakespeare y como todas las grandes figuras no pinta en sus obras al hombre del pasado, del presente, o del futuro; pinta, al hombre de todos los tiempos, a la Humanidad.

Es preciso, pues, volver a lo antiguo «porque en arte teatral, como en otras muchas cosas—son palabras del maestro de periodistas Juan Pujol—con frecuencia progresar es regenerar y lo que parece una innovación, es simplemente un recuerdo». Y no duden, ni pongan mala cara, los que todo lo esperan del «vanguardismo». Sepan, que, en la mayoría de las ocasiones, lo antiguo no significa ni mucho menos, vejez; antes al contrario, lo nuevo se nos presenta y se nos aparece en algunos casos, con todos los caracteres de una cosa vieja y demasiado rancia. ¿No recuerdan haber visto en el teatro, en ese teatro de tipo burgués y propio de las familias, toda suerte de comedias anodinas, insulsas y simples, cuando nó,—las que precisamente aspiraban a sobresalir por su novedad—extravagantes y faltas de calor humano? Desengañémonos, que ni el modernismo exagerado, ni tampoco el aferrarse a unos procedimientos de diez, quince o veinte años, a la fecha, es elogiabile. «Todavía falta por arrinconar—se ha dicho—ese teatro arcaico, anacrónico, en verdadero divorcio con nuestra época y sobre todo con nuestra Santa Cruzada». Porque ha de saberse: el momento histórico que vivimos, requiere, exige, su teatro, pero un teatro no de pasatiempo, ligero y frívolo, sino un teatro español, recia y auténticamente español; un teatro en suma, como el de nuestros clásicos. Vayamos a él, y de sus fuentes, por donde corre cristalina y pura, la España grande e imperial del XVI y del XVII, bebamos todos, los viejos y los jóvenes, que así, unos y otros, conoceremos y sentiremos a España, como aquellos autores inmortales la conocieron y la sintieron. Y aprendan también los jóvenes que percibidos «por el alma de hoy—es frase de Felipe Sassone—son nuevos, dentro de su antigüedad, la tragedia griega, las moralidades de la Edad Media, las farsas del Renacimiento y los Autos Sacramentales».

MARGARA MUNTANER

Desde Roma nos llegó una buena mañana soleada, una carta breve, española, llena de suave claridad mallorquina. Una carta y varios trabajos de colaboración: artículos, fotografías, y sobre todo su palabra: una palabra entusiástica, febril por las cosas de España, dándonos un saludo imperial desde la costa italiana.

«Evocación de Roma», «Paseo por la Ciudad eterna», «En torno al alma de Venecia», «La celeste quietud», son títulos que reflejan un fino temperamento de arte y de poesía.

Ahora—antes de ofrecer a nuestros lectores la serenidad griega de su rostro—hemos querido publicar este busto magnífico, de fiel realidad en el trazo, obra de Enrique Pérez Comendador y expuesto en una reciente Exposición celebrada en Venecia.

Margara Muntaner de la Barrera es escritora de acusados matices. Adquiere la frase en su pluma, extraños relieves de un realismo ancho y perfecto, a cuya lectura encontramos íntimamente reflejado el paisaje: las calles, el giro pausado de los remos de las góndolas, las altas torres de las iglesias latinas, la ronda

marinera de los violines de Nápoles, en su puerto de luna y de mar dormida. La pluma de Margara, es una de las plumas más femeninas y propias que hemos conocido. Todo en ella es espíritu, serenidad, perfección, cima. Dibuja lo que describe. Esculpe lo que siente: «CAUCES» que tanto debe al entusiasmo poético de esta colaboradora—ella es el eco de nuestra salida mensual en Roma—acoge la llegada de esta obra de arte de Pérez Comendador con la máxima alegría, y ofrece para muy en breve un estudio detallado de la admirable labor artística que Margara Muntaner—cielo mallorquín y aliento españolísimo en su pluma—realiza en Italia y que muy pronto proseguirá en Panamá, donde nos dice ha de trasladar sus actividades.



“El sentido de lo justo en Lope de Vega”

VI

Tanto las Partidas como el Fuero Real regulaban el procedimiento inquisitivo, la pesquisa, de la que el Fuero Real dice que el Rey la puede hacer o mandar hacer (16) y según las Partidas «por ellas se sabe la verdad de las cosas mal fechas: ca de otra guisa non pueden ser provadas ni averiguadas» y de los pesquisadores dice que son aquellos «puestos para escodriñar la verdad de las cosas mal fechas encubiertamente».

Tenían, pues, los pesquisadores una función, en cierto modo policiaca, y observamos que el juez o pesquisador de «Fuente Ovejuna», está copiado por Lope con toda exactitud, y que las actividades que desarrolla este personaje son fruto de un documentado estudio, y no un recurso escénico, o un elemento necesario en la trabazón del argumento; lo que demuestra una vez más, que cuanto en las obras de Lope se refiere al concepto de la justicia y a los procedimientos para su administración, nuestro Fénix refleja unido a su sentido de lo justo, el sentido popular y su efectividad en la práctica.

Por lo que se refiere al tormento, vemos el mismo cuidado en reproducir la realidad, porque cuando el pesquisador quiere indagar quién mató al Comendador y aplica el tormento a casi todos los vecinos de «Fuente Ovejuna», no utiliza el procedimiento de preguntar concretamente si fué una persona determinada el autor, sino que formula su interrogante siempre en términos generales:

«¿Quién mató, villano,
al señor Comendador?»

o bien:

«¿Quién mató al Comendador?»

y así se ajusta perfectamente a lo dispuesto en la ley 3 del título 30 de la Partida 7.^a que ordena al juez preguntar al atormentado: Tú, fulano, ¿sabes alguna cosa de la muerte de fulano? agora dí lo que sabes, e non temas que non te farán ninguna cosa si non derecho, e non debe preguntar si lo mató él, sin señalar a otro ninguno por su nome por quien preguntase, ca tal pregunta como esta non sería buena; porque podría acaescer que le daría carrera para dezir mentira». Entre las limitaciones que señalaban las partidas en la aplicación del tormento encontramos la de los menores de catorce años, y por esto notamos cómo el juez al dar cuenta del fruto negativo de su investigación hace observar al Rey que ha recurrido a todos los procedimientos incluso a la extralimitación:

«Hasta niños de diez años
al potro arrimé, y no ha sido
posible haberle inquirido
ni por halagos ni engaños».

Como hacer un estudio detenido de esta obra, nos llevaría más tiempo, y quie-

(16) Libro IV, tit. 20, ley 12.

ro ya terminar para no abusar de vuestra paciencia y atención, voy a examinar el tercer punto: el respeto a las garantías procesales.

«Fuente Ovejuna», nos ofrece un modelo perfecto de lo que hoy se llama en Derecho político «autodominación» o «autolimitación del poder», porque así como ahora vemos al Estado dictar normas, a las cuales él mismo se somete, también vemos en «Fuente Ovejuna» que el Rey, un Rey que da leyes, legisla, crea derechos, y naturalmente lo deroga también, respeta la ley escrita porque sabe que ese respeto puede constituir un freno a su libre arbitrio, y una garantía en la administración de justicia.

Manifiesta el Juez que, no ha sido posible averiguar quién cometió el hecho que se persigue,

«porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: «Fuente Ovejuna»
y además asegura que
«una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación»

por lo que resuelve el Rey:

«Pues no puede averiguarse
el suceso por escrito,
aunque fué grave el delito,
por fuerza ha de perdonarse».

Quede bien sentado que si el Rey deja sin castigo el delito es porque no se ha podido individualizar al autor en el procedimiento indagatorio escrito, pero no porque quiera legitimar el resultado de un movimiento revolucionario, como se ha pretendido hacernos ver.

«Fuente Ovejuna» no es una apología de la revolución, porque Lope de Vega no era revolucionario ni por temperamento, ni por cultura, ni por conveniencia siquiera, y lo que quiso retratar en esta obra fué precisamente el arraigo y la difusión del sentido de lo justo en el alma popular.

La reacción violenta del pueblo en «Fuente Ovejuna», no tiene su base en un odio de clase, ni en el encono que pudieran originar los excesivos privilegios de los señores. En realidad lo que rompe los diques de la paciencia pública es la violación de la justicia, es el uso arbitrario del poder; hasta que esto no llegá, el pueblo de «Fuente Ovejuna» ha respetado de buen grado al Comendador, sin reserva alguna.

Esto hemos de tener en cuenta: que lo que más hostiga y conturba el ánimo popular es el abuso del poder, el no sometimiento a la ley, del gobernante, no por el concepto falso de la democracia que hace residir el poder en la masa, sino porque quien gobierna debe ser el primer guardador del orden jurídico y el padlín de la justicia.

Esa es la lección que nos dan Reyes y pueblos en la ingente y maravillosa producción del Fénix de los Ingenios, quien supo retratar admirablemente el sentido tradicional de la justicia, según el pueblo español, con aquellos finos y delicados matices con que sólo nuestro pueblo sabe sentir, percibir y practicar las más excelsas virtudes, entre las que destaca su amor a la justicia pura.

ANGEL RODRÍGUEZ PASCUAL

El Otoño del poeta

Novela por PEDRO MONTERO GALVACHE

XXVIII

Los oros del Poniente, encendían en un halo glorioso y amable, la hermosa campiña que hace muchos años fué reino diminuto donde los abuelos de Javier Benalgar ejercieron su patriarcado feliz sobre aquellos aldeanos visionarios y guerreros, adustos y hogareños. Aquellos aldeanos de almas de leones y corazones de niños, que en las guerras carlistas, alcanzaron el honor de ser cruzados de la Causa. ¡Tan grande era todavía, la candidez de sus espíritus! Sentado en un banco de madera, sobre un montículo ceñido de hiedras, Javier gozaba la belleza del paisaje de la Heredad de Lis, resplandeciente y dorado bajo la caricia del Sol.

Todo era iluminado de un oro mate y antiguo, como si en las entrañas de la tierra, y bajo el verde gentil de las frondas y en el arcano silencioso de los salones del palacio, ardiera la hoguera de un sacrificio.

Ninguna estridencia rompía la quietud del ocaso, porque hasta las fuentes del parque, sonaban tan lejanas, que su rumor, más que turbar, acrecía la paz del atardecer.

Aquella calma, penetraba la carne de Javier, llenándola de una dulce, indefinible melancolía. Todo su ser se achicaba, se diluía, fundiéndose en una estrecha comunión con el encanto de la hora.

Sentíase alejado de todas las concupiscencias, de las pasiones mundanas, que fueron la rémora de su vida. Lejos de la ambición, de la sensualidad, de la soberbia, el amor se hacía, en lo más hondo de sus entrañas, canción suave y armoniosa, como un deslizarse de aguas mansas, como un olor de rosas en el cálido regazo de una mañana de primavera.

Ahora comprendía, que el amor no tenía por qué ser siempre violento y huracán, voraz y amargo, como viento huracanado. También podía ser escondido y humilde, lo mismo que el perfume de las violetas, que él amaba tanto, lo mismo que esa lluvia menuda que fecunda los campos sin mojarlos casi...

¿Por qué no amar así a Mari Sol? Le acuciaba un ansia ardiente de abatimiento, de sacrificio en favor de la hermosa aldeana.

—Cariño que no entiende del dolor de la inmolación—se decía—que no sabe hacer llevaderos y gozosos todos los padecimientos que puedan hacer la dicha del amado, es más bien egoísmo monstruoso.

¿Qué hizo él, al amar a tantas mujeres, sino amarse a sí mismo, amar sus caprichos, su vanidad, su gloria?

Como un dios, dejábase adorar, hasta que la adoración le cansaba, sin importarle otra cosa que no fuera su «yo», eje y centro, para él de todo el universo; y ahora que Mari Sol no le comprendía, ni se prestaba a adorarle como la otra todo él se alzaba en una rebeldía fiera, y lloraba como un dios que viera derrumbarse su templo.

Sería en adelante mejor de lo que fué hasta aquí, y procuraría amar a Mari Sol con una pasión hecha de espinas punzantes y de gloriosas renunciaciones. Así acallaría la voz de los remordimientos y apagaría el escándalo que sus locuras levantarán en los campesinos de Lis. Como un eco divino que hiciera palpitar en la quietud dormida del parque, el ritmo de la vida, pasaron sobre los árboles y sobre la techumbre del palacio los sonos del Ángelus.

Benalgar quiso rezar la oración de la tarde, pero no recordó más que el Ave María, y paladeó, como un néctar, la dulzura de aquellas palabras, que el Ángel aprendió de Dios.

Miró hacia la cordillera que ocultaba los últimos rayos del Sol. Por los caminos de herradura que labraban sus vertientes, bajaban los rebaños, sonoros de bronces; las vacas de cobre, las ovejas blancas, como las nieves que coronaban las cumbres... Bajaban hasta el río, de ecuménica historia, y abrevaban, solemnes y eglógicos, en las riveras. Después, partían, entre gritos de zagales y jalalás! de coplas y trompas, hacia las cercas de las fincas.

Se levantaba un frío delgado, húmedo, que entumecía los miembros, y clavaba en las sienes, las agujas de un agudo dolor. Se apagaba aquel resplandor milagrero, aquel amable halo de luz dorada, y una obscuridad medrosa, caía sobre el jardín de Lis.

Un can, de largas patas horquilladas y suaves melenas grises, subió al montículo, y caracoleando a grandes zancadas, que recordaban las zalemas con que el diablo, encarnado en can, se acercaba a los penitentes de las leyendas piadosas, para tentarles, en la soledad de los desiertos, llegó junto a Benalgar, y con el hocico, lleno de un vaho helado, le acarició las manos.

Javier, sobresaltado, al evocar el horror de aquellas leyendas de santos eremitas, destrozados por bestias diabólicas, después de sucumbir a la tentación se levantó y ahuyentó al animal. Ya de pie, el perro volvió a sus caricias, a sus lagoterías, lamiéndole las manos y abrazándole las piernas.

Entonces Javier, reconociéndole, le habló con mimo que le hizo brincar con nuevo gozo:

—¡Lucero! Ven acá. ¿Tienes frío, verdad? ¡Pobre Lucero!

Pasaba sus dedos ahusados entre las melenas de Lucero, y con aquel cosquilleo, el animal parecía adormilado, tendido en el suelo, cerrados los ojos, temblorosas las orejas.

Javier se reconcentró en sí mismo, y tuvo que acudir a la memoria de los buenos propósitos hechos unos minutos antes, para apagar un último latigazo de amor propio en su alma, para ahogar la última brasa de aquella hoguera de soberbia, de ansias de venganza, que le abrasaba. Descendió el sendero, y al entrar en la primera alameda del parque, se encontró con Nolo. Aguardó a que el hermoso aldeano se acercara, pero al verle, Nolo desvió su camino.

El poeta le llamó, dominado por una emoción muy honda, y el campesino fué hacia él, despacio, como si aquella obediencia le costara un sacrificio.

Puesta la mirada en tierra, oyó, encerrado en un silencio grosero y agresivo, el saludo del marqués:

—¿Cómo estás, Nolo?

Le tendía la mano, elegante, un poco pálida, teñida en la luz verde de una esmeralda, engarzada en un aro de platino.

Y como siguiera el zagal en aquel mutismo, se lamentó, con sincera angustia:

—¡Todavía me odias, Nolo! No creí ofenderte tanto... ¡Qué lástima, que mi palabra de honor no valga nada para tí! ¡Ni siquiera me queda el consuelo de jurarte, que no he ofendido a Mari Sol, ni aún con el pensamiento! Cuando supe que no me querría nunca, que le asustaba mi leyenda galante, que me despreciaba, y sobre todo, cuando medí la grandeza de vuestro cariño, me resigné al fracaso de mi más bella ilusión. Pude luchar con tu amor, con la pureza y el desprecio de ella, con mi misma dignidad, y ¡quién sabe, si hubiera logrado una victoria sobre todos esos obstáculos!

Nolo alzó la frente, y clavó sus ojos leales, —de una lealtad y una hermosura primitivas— en los del marqués.

—Espera. No hables todavía. Hubiera sido una victoria criminal, miserable, no lo niego. Pero yo hubiese logrado mi capricho cobarde, y vosotros habríais sido unos infelices; ella sobre todo. ¿Comprendes? No lo hice, porque la respeto más que a todas las mujeres que amé antes de conocerla a ella, porque la respeto más que a mí mismo, y quiero su felicidad, más que mi egoísmo. ¡Yo, que siempre he pensado sólo en mí, sin saberlo!

—Entonces, ¿es verdad que la quiere usted?

Tiembla la voz del mozo, sacudida por una agitación solemne y sagrada. El poeta tarda en contestar, y Nolo, cruzadas las manos febriles, torna a su silencio.

—La quiero, sí. Por eso me voy de este palacio, y no volveré nunca, nunca... Sólo cuando muera, traerán mi cuerpo al panteón, y lo enterrarán junto a los de mis abuelos. Esos abuelos, que tú me dijiste una noche, que jamás profanaron la santidad del palacio de Lis.

Hay en el acento del aristócrata, un dejo de triste, leve ironía, que lleva al corazón del campesino, el dolor de un remordimiento.

—Perdóneme, señor. Hablé sin saber. No le conocía. Ahora que le conozco, daría sangre de mis venas, por borrar aquellas palabras...

Sonríe, nublado el rostro de una lejana tristeza, el marqués de Benalgar:

—¿Por qué? No te arrepientes de haber clavado en mi alma, aquellas frases crueles. ¡Estoy harto de adoraciones, de fervores, de hallar mi senda limpia de espinas!

—Es usted demasiado bueno, señor.

Javier no le oye. Perdida la mirada en un horizonte de ensueño, todo su ser, goza el sabor de la obra buena que va a consumir:

—Me iré de la Heredad de Lis, y no nos veremos más. Vagando por el mundo, a solas con mi soledad y mis recuerdos, con mis triunfos y melancolías, pensaré a menudo en vosotros, y acaso la certeza de vuestra dicha, sea mi único consuelo.

A Nolo le asusta la palidez que cubre las facciones del poeta, el brillo de sus ojos, el desencanto que dice su actitud.

—Pensad vosotros en mí. Acordaos de mi nombre para bendecirlo; y no abandonéis la paz, la verdad de este rincón olvidado. Antes de dejaros, firmaré la renuncia, en favor tuyo, del «Montanar», la huerta que linda con el norte de las tierras de Lis. Es buena finca, y os bastará para vivir en ella, como patriarcas, respetados de todos vuestros amigos.

Nolo, se resiste a aceptar, creyéndose en un sueño, y murmura palabras de gratitud, rechazando la ventura que le brinda el poeta. ¡Adiós, los rigores de la pobreza, las penurias y estrecheces!

En lo sucesivo, será, junto a Mari Sol, un rey: un rey antiguo, apegado al terruño, trabajando, al amanecer Dios; comulgando y oyendo el Evangelio, explicado por el buen cura lugareño en la Misa Mayor del domingo; rodeado de una nube de hijos, fuertes, ingenuos, sanos de cuerpo y de alma. ¡Como un patriarca, como un rey antiguo!

—Sé que todas las tardes, cruzas, por esta alameda, la Heredad de Lis, para ver a Mari Sol, en el bosque, y te esperé. Lucero me anunció que estabas cerca y vine a decirte todo esto. Otra vez quiere resistir Nolo, pero el marqués de Benalgar le despide con un gesto afable y señorial.

Ha vencido ya la emoción, y es de nuevo el gran señor, elegante y exquisito; el «dandy», seductor y galante; el poeta, decadente y famoso, que enamoraba a las mujeres del gran mundo, con la divina armonía de sus versos paganos.

Cortado por aquel gesto distanciante, Nolo se aleja, y Benalgar queda sólo, entre las sombras de la noche y los perfumes de las rosas de otoño, que a sus pies, arrastran su pompa fragante.

(Se continuará)

BIBLIOGRAFÍA

COMENTARIO

por

Lutgardo López Cayetano

“LA OBRA NACIONAL DOPOLAVORO” en Italia: Società Editrice di Novissima: Roma: Año XV.

«El DOPOLAVORO es una institución de paz, que persigue una sublime misión de fraternidad, de amor y de civilización» —*Mussolini*.

En estas acertadas palabras, Mussolini ha dicho, todo lo que ha llegado a ser y quiere que sea en el futuro, la obra nacional del «Dopolavoro». Considerando la importancia que encierra el conocimiento de esta espléndida Obra del Estado fascista italiano, hemos creído oportuno trazar, siquiera sea en un breve comentario, las líneas generales y básicas sobre las que se haya cimentada esta Obra.

Fué creada por el Duce el año 1925, alcanzando en sus primeros años de vida cerca de los 300.000 asociados, llegando esta cifra a fines del año 1935 muy cerca de los 3 000.000, distribuidos en 19.000 agrupaciones; lo que nos da una aproximada idea de la soberbia realización lograda en poco más de los diez años de su aparición. Por sus altas finalidades y la vasta organización que esta obra tiene creada alrededor de sí, la O. N. D. ha penetrado realmente en todas las ciudades, pueblos y aldeas de Italia, como un aire renovador de la vida civil y costumbres italianas.

Así como el fascismo ha tutelado, por medio del trabajo, la protección de los obreros, dándoles amplitud de reconocimiento a sus derechos sagrados, e inculcándoles una nueva disciplina que antepone a todo, el amor a las cosas divinas y a la Patria, así también da al pueblo sus posibilidades de formar el espíritu, con el mensaje cultural, artístico y deportivo que para ellos encierra la obra del DOPOLAVORO.

Nace el espíritu de esta obra, del concepto profundamente humano que del obrero tiene el Estado Fascista, ya que no lo considera como una subespecie humana, sino como productor de la riqueza nacional, a la que da en todo momento su propia fisonomía y su mejor esfuerzo.

Las actividades del DOPOLAVORO pueden dividirse para su rápida comprensión, en tres aspectos: Educación de cultura, educación física, asistencia social.

Para el desenvolvimiento del primero de estos aspectos primordiales, el DOPOLAVORO atiende, y ya posee un buen número de ellas, a la formación de bibliotecas populares, seleccionadas con máximo esmero, para que aquellas obras que más intensamente contribuyen a crear un espíritu fuerte y pleno, está siempre al alcance de los obreros asociados.

Queda esta labor complementada con los cursos especiales, que atienden a perfeccionar la formación cultural de los mismos, y por último, mediante un acuerdo especial con los editores, ha podido facilitar la adquisición y distribución de las mejores obras.

Para ello la O. N. D. tiene para su servicio los denominados «Carros» que reparten la lectura por campos y ciudades, recogiendo los volúmenes, una vez terminada su lectura, a la segunda vuelta de cada «Carro».

La educación artística es amplia, y comprende desde el teatro popular hasta las grandes óperas, que se representan gracias al «Carro de Tespis» lírico, que en ocho camiones especialmente contruidos para este objeto, se traslada rápidamente de un lugar a otro. Su platea es amplia y normalmente se compone de 3.000 butacas, contando además con otras 3.000 localidades de tribunas. Su escenario ocupa una superficie de 700 metros cuadrados y tiene una apertura de escena de 27 metros: gracias a esta sencillez de construcción, puede trasladarse diariamente de una ciudad a otra, a pesar de sus enormes proporciones, dándonos idea de esta rapidez, el hecho de haberse dado una representación en Roma y en la noche siguiente el mismo «Carro de Tespis», representar varias obras líricas en Civita Vecchia.

La «Educación física» que es también educación del carácter y de la voluntad, y por tanto de la personalidad del hombre en todos sus aspectos, halla en la actividad de la O. N. D. el máximo desarrollo, y se practica mediante los deportes y los juegos populares.

Es realmente maravillosa la intensidad con que en esta obra italiana se atiende a la formación

física de sus asociados, para crear en vigoroso temple, una raza unida y sobria, capaz de todas las empresas en su destino histórico. Y por último, la educación social y asistencia sanitaria atiende, para realizarse, a la edificación de casas para obreros y pequeños industriales, huertos, jardines, parques de recreo, cuya superficie están siempre en razón con la capacidad de trabajo y número de la familia que atiende a la conservación de estas atenciones sociales. Todo género de facilidad encuentran, para todas las exigencias de la economía diaria, los que pertenecen al DOPOLAVORO, en la bella península hermana, a la que tantos lazos de afectos fraternos nos unen, y que marcha hacia esa comunidad de anhelos latinos que son nuestra aspiración y nuestro norte.

Ahora que en España asistimos a la forjación de una juventud nueva, desgajada para siempre de todos los prejuicios sociales de las formas antiguas, es ciertamente un buen estímulo, contemplar cómo en tan breve número de años, Italia ha creado esta obra ejemplar, cuya fuerza ofrece perfiles de acicate y estímulo

JEREZ DE LA FRONTERA

(Guía Oficial de Arte)

por

MANUEL ESTEVE

JEREZ DE LA FRONTERA (Guía Oficial de Arte).—Manuel ESTEVE.—Prólogo de J. Hernández Díaz: cubierta y dibujos del autor.—“Jerez Gráfico”.—Jerez de la Frontera.

«CAUCES» nació para incorporar en sus páginas todo aquello que para nosotros tuviese un acercamiento a lo estético: a las máximas razones del espíritu, donde las altas inquietudes de la vida pierden su tacto de realidad, y llegan a hacerse fórmula y esquema.

Cuando ya nuestra Revista había aparecido, nos encontramos con algunas obras de arte, sobre todo en el aspecto arqueológico, perfectamente distribuidas y estudiadas, a las que hubiésemos querido adentrar en estas páginas, no sólo como manera de cantarlas, sino como estímulo para nuestro profundo deseo de formación. Exponente de estas obras era y continúa siéndolo con ánimo de superación inacabable, la «Colección Arqueológica» que inaugurara en la Biblioteca Municipal de nuestra ciudad, nuestro camarada, el Licenciado Manuel Esteve Guerrero, que con ahínco y perseverancia casi religiosa, ha ido dotándonos de una espléndida exposición de monedas, bustos, columnas, efigies, y otros restos de civilizaciones antiguas, que dejaron en torno a nuestra tierra su densa fisonomía y su huella impresionada.

Queríamos tornar a esto. Manuel Esteve—que entre muchísimos méritos y virtudes posee la de un corazón sanísimo y noble—ocupa un sitio de privilegio en nuestra tarea. Pero ni la serenidad ni el tiempo libre, hicieron posible este deseo nuestro. Y ya hoy, en unas horas que dedicamos a rescatar para la posteridad de «CAUCES» algo de su obra, cumplimos lo mucho que Jerez de la Frontera quisiera poderle ofrecer por esta silenciosa labor artesana.

Pero uno de los puntales más fuertes de la obra de Manuel Esteve, es su libro «JEREZ DE LA FRONTERA» (Guía Oficial de Arte), contribución a Jerez, ofrenda íntegra y generosa a su arte: y en el libro hallamos sus cuadros, sus iglesias, sus torres y patios, su Cartuja, en el abandono que parece tristemente definitivo, allá en la soledad de su río y de su piedra...

Esta Obra se hizo con un alto sentido abnegado. Manuel Esteve pensó únicamente en Jerez: y con la mirada clavada en este punto fijo y luminoso, escribió, recogiendo los detalles más precisos y exactos, este libro, casi de cántico y de loa. Con él junto el pecho, ya puede el lector, cualquiera que sea el tiempo que dedique a la visita, sentir en toda su amplia belleza el perfil de nuestra ciudad, y entenderla desde su geografía e historia hasta el silencio del coro del monasterio cartujano, pasando por todas sus iglesias y casas solariegas.

Aún no se ha valorizado justamente la Obra de Esteve. Hay en el fondo una cuestión última de reconocimiento. La prensa, sí lo ha hecho. Ya en su salida, «JEREZ DE LA FRONTERA» fué ensalzada como merecía, por la facilidad de su prosa castiza y limpia; por la severidad de sus testimonios reales; por su forma, por su erudición, y fué debidamente comentada. Pero hay una deuda eminentemente jerezana. Y se le debe—nosotros queremos abrir con nuestra espada el silencio—una palabra de gratitud que ya irá, cuando la paz renazca, surgiendo de entre todos los jerezanos.

«CAUCES» recoge ahora su aliento. No queríamos proseguir la marcha, sin que este libro—que ya estaba en nuestra biblioteca escogida—suba a nuestra borda, para que sepa con nosotros, de la buena alegría de una profunda hermandad de corazones. Y con él a bordo, combar las velas y seguir la singladura.

L. DE B.

Antena Literaria

Próximamente publicará el poeta P. Pérez Clotet su nuevo libro «Tiempo Literario», en el que refundirá, con su galanura de estilo, sus últimos trabajos en prosa.

La Asociación de jóvenes de Acción Católica de la Parroquia de San Dionisio, publicó recientemente un número especial de la revista que a sus actividades religiosas tienen consagrada. Su colaboración y confección tipográfica merecieron los mejores plácemes.

En nuestra «Antena» del número anterior, dimos como ya aparecida la obra de Sanz y Díaz: «Lira bélica», que ha sufrido un atraso. Verá la luz pública muy en breve, de este mismo autor, el libro de crónicas de guerra: «Por las rochas del Tajo», que edita la Casa Santarén, de Valladolid.

Sebastián Souvirón prepara la segunda tirada de su libro de versos «Contornos».

Se ha publicado en Cádiz la primera «Trilogía» del teatro de José María Pemán: comprende las obras «El Divino Impaciente», «Cisneros» y «Cuando las Cortes de Cádiz».

Recientemente dió una conferencia en el Cuartel de Falange, de Melilla, nuestro querido camarada, editor de esta Revista, José María Hernández-Rubio. Versó acerca del tema «un nuevo modo de sér», y fué presentado por el escritor Benjamín Ramos García, corresponsal nuestro en Marruecos. Agobios de espacio y de tiempo, y el hecho de tratarse de Hernández-Rubio, algo muy nuestro, nos impide glosar ese acto como su importancia merecería.

Para muy en breve se prepara un ciclo de conferencias en nuestra ciudad, en el que tomarán parte destacados elementos de las artes y letras jerezanas.

Continúa Luis Pérez Solero, nuestro querido colaborador y artista, la preparación del segundo número de la revista «JEREZ» que con el título «Campo, viña, mosto y sol» publicará en breve la Casa González-Byass.

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Vda. de R. Manjón

Sanlúcar de Barrameda

**ARTURO
REDONDO**

CONTRATISTA DE OBRAS
Materiales de Construcción

TELÉFONO 1858

C Á D I Z

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Telf. 1928

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA

JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.

La más visitada. - - - - -

- - - - - Taller para Aficionados.

SANTA MARÍA, 15.

JEREZ

Tipografía M. MARTIN

José E. Díez, 7. - Tef. 1259 - Jerez

Casa especializada en trabajos para el Comercio y la Industria.

CASA PALACIO

»» **Fábrica de losetas y piedra artificial.** *»»*

Artículos sanitarios.—Bañeras.—Lavabos.—Bidets.—Inodoros.—Calentadores.—Duchas.—Accesorios.—Azulejos de todas clases.—Zócalos de dibujos.—Alicatados de azulejos finos para cuartos de baño.—Material de construcción.—Instalaciones de IDEAL CLASSIC.—Proyectos y presupuestos gratis.

Concesionario de **URALITA, S. A.**

Exposición y Oficina: Plaza General Primo de Rivera, 1. :: Teléfono 1251

Fábrica y Oficina: Calle Sor Eulalia, 40, 45 y 47. :: Teléfono 1274 :: JEREZ

DE NUESTRO PRÓXIMO ÍNDICE:

CANTO LIBRE	<i>José María Pemán.</i>
ROMANCE DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR . .	<i>F. Gómez de Travecedo.</i>
POEMAS	<i>P. Salgado.</i>
SALUTACIÓN DE LA LLUVIA	<i>José de las Cuevas.</i>
CONVERSACIONES CON JIMÉNEZ CABALLERO .	<i>Adriano del Valle.</i>
«SANTA MARÍA, VARADA»	<i>F. Gómez de Travecedo.</i>
DIÁLOGO DE LOS NOVIOS CENTINELAS . . .	<i>F. Montero Galvache.</i>
ENCUESTA LITERARIA.	
JORGE VILLARÍN - JULIO ESTEFANÍA - F. DE LOS RÍOS Y GUZMÁN.	
CAMPO, VIÑA, MOSTO Y SOL	<i>Luis Pérez Solero.</i>
(Fotografía del autor)	

BIBLIOGRAFÍA

— OTROS ORIGINALES —

EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE
José María HERNÁNDEZ - RUBIO
y Pedro MONTERO GALVACHE

J E R E Z D E L A F R O N T E R A

